

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La jóven americana, por don A. Pirala.—Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—Al Ruiseñor [poesía], por don Rafael Serrano y Alcázar.—El cirujano de Marina [conclusion], por don R. R. de Mendoza.—Concurso de declamacion, por don Antonio Arnao.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: *Figurin de Modas*.—*Abecedario*.

INSTRUCCION.

LA JÓVEN AMERICANA.



IFÍCIL es presentar los tipos que ofrece la América, ese vasto y nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colon, que á sus antiguas costumbres, ha mezclado, mitigándolas ó dejenerándolas, las de Europa, importando una civilizacion que solo se parece á ella misma, y sin relacion apenas con los usos y costumbres de otras naciones.

En la América del Sur se ha conservado mas una parte de los usos de los antiguos conquistadores españoles y portugueses; en las provincias del Norte, sometidas mas tarde al poder de la Francia, de la Holanda y de la Inglaterra, participan de una civilizacion algo diferente de la nuestra, porque no en vano separa todo un mundo la sociedad americana de la sociedad europea.

Así se vé que en el Sur, influyendo poderosamente el clima, la existencia de la mujer es muelle, desaliñada, incompleta y sin llenar su objeto.

Desde la infancia á la adolescencia, la jóven que vive en una libertad casi completa, corriendo segun su capricho tras de un pájaro ó una mariposa, pegando á los esclavos y rebelándose contra toda especie de obediencia, se somete luego á muy distinta manera de vivir. Entonces ya no es la actividad de la niña, sino la indolencia de la jóven, sin otra ense-

ñanza que la de algunos conocimientos superficiales.

Vive la madre con sus hijas, las forma á los usos establecidos para hacerlas brillar en la sociedad en que vive, y se pasan las horas y los días en cosas frívolas, y en el sueño y en la inercia. A los cuidados de componerse y adornarse, al arte de fumar con gracia un cigarrillo y de bailar, suceden los deberes de piedad: no esos deberes sentidos y llenos de dulces emociones que cumplen nuestras jóvenes, sino otros que obedecen mas á esterioridades que á impulsos íntimos.

Esto no obstante, hay regiones, como nuestras Antillas, donde la civilizacion ha hecho rápidos progresos, y la educacion é instruccion de las jóvenes no se diferencia de la que reciben las españolas-peninsulares. Podrá influir el clima, como influye indudablemente, pero si puede eso afectar físicamente, si enerva algo las fuerzas y la actividad, no perjudica á la índole general de la jóven.

En toda la América del Sur en general, los lazos de familia son sagrados: la madre ama á su hija, y ésta compensa á su madre con entrañable afecto.

En cuanto á la América del Norte, todo es distinto. Formadas sus poblaciones de una amalgama de individuos fuertes y audaces de todas las regiones de Europa, han producido una civilizacion especial, y sobre todo varonil. Así se vé que en los Estados que fueron Unidos, la mujer es igual al hombre, ó mas bien es un sér masculino con faldas.

Nada de esta modestia que rodea á nuestras jóvenes de una aureola que las hace aparecer tan graciosas; nada de ese pudoroso candor que realza su belleza.

La jóven americana, guiada por su madre, y viviendo en el hogar de la familia, tiene fuera unas maneras, que á los que estamos habituados á nuestra

civilizacion, nos parecen poco dignas y en desacuerdo con nuestras ideas.

Constituida la familia americana como la nuestra, no es sin embargo igual en sus efectos, porque aunque observen las leyes de la piedad filial, gozan las hijas pronto de una libertad de accion que entre nosotros seria mal vista.

Así la jóven no consulta mas que sus gustos y sus caprichos para una multitud de cosas que nosotros sometemos á los padres. Sale, va y viene, contrae amistades y afecciones, recibe y visita á quien le acomoda, sin inquietarse de lo que dirá su madre, y sin molestarse en pedir un permiso que obtendría sin embargo.

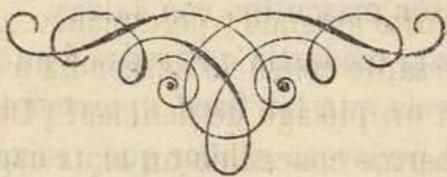
Verdaderamente es singular la educacion que se da á la mayor parte de las jóvenes de las familias ricas del norte América, pero tambien debemos manifestar, que alejados del centro de una existencia nueva y muy distinta de la de nuestra vieja Europa, no podemos juzgar con imparcialidad los actos y las escentricidades de una sociedad de la que no comprendemos todas sus exigencias.

Por esto nos debemos abstener de juzgar hechos, bastando solo esponerlos, y decir que se forma á la jóven para los ejercicios de fuerza y de destreza, la equitacion, el manejo de las armas y parecidos ejercicios; parece como que se pretende hacer guerreras y no mujeres. Y es en verdad singular, en medio de aquella civilizacion, ver la despreocupacion y el desenfado de unas jóvenes tan favorecidas por los dones de la fortuna y de la belleza.

La educacion que reciben las hace fuertes y varoniles; mas para nosotros, europeos, habituados á la modestia de nuestras jóvenes, á su timidez, que nos es tan grato verlas abrigarse en ella, nos asombra el desenfado de las jóvenes amazonas de los Estados- Unidos, su aire libre é independiente.

Todo esto tendrá su razon de ser; no lo criticamos, pero si hemos de ser consecuentes, al sublevarnos contra la esclavitud de la mujer, no debemos alabar tanta libertad: podrá ser buena, conveniente, no lo negamos, pero la rechazan nuestras costumbres, y si no la reprobamos, tampoco la admitimos.

A. PIBALA.



CARTAS Á JULIA.

XI.

Mientras yo estaba embebida, contemplando el sencillo cuadro que ofrecian mi cabrita, su madre adoptiva y sus envidiosos hijuelos, la abuela se dirigió hácia el fondo del establo, en donde se hallaban Ruperta, robusta aldeana, de rostro franco y expresivo, Antolina y su marido Blas, al cual yo no conocia, pero cuya voz tenia un eco dulce y agradable que prevenia á su favor.

Estos dos últimos se hallaban ocupados en ordeñar á las ovejas, y vaciar la leche en dos grandes barreñones. El uno estaba ya lleno, y le faltaba muy poco al otro.

—¿Es esta, preguntó señalando al segundo, la recién ordeñada, y por consiguiente mas cara?

—Sí, respondió Blas.

—Cuántas azumbres hay?

—Diez de esta, quince de aquella.

La abuela se colocó sus antiparras, sacó un librito, y anotó con lápiz las cantidades citadas.

—Ruperta, dijo cuando hubo concluido, ahí tienes veinte y cinco azumbres, ó lo que es lo mismo, cien cuartillos, que á tres y á dos forman un total de siete reales, dos maravedises.

—Los maravedises me hicieron sonreir, pero una mirada de la abuela detuvo la sonrisa en mis lábios.

Entretanto Antolina habia traído una tabla, sobre la cual estaban los requesones que habia confeccionado durante la noche.

La abuela los contó y los apuntó, diciendo:

—Sesenta y cinco. Ahora pasemos al corral. Ven, hija mia.

A la verdad yo tomaba muy poco interés en todo aquello, y hubiera preferido contemplar las monadas de mi cabrita, colgada del pezon de su madre improvisada, pero me fué preciso obedecer.

Ruperta nos siguió. Ruperta era la encargada de ir á vender todas aquellas cosas al mercado.

Las gallinitas corrieron hácia nosotras así que nos divisaron, pero bien pronto supe el secreto de su cortesania.

Antonio trajo dos sacos, uno vacío y otro lleno de cebada, y la midió delante de nosotras, pasándola de uno en otro.

Entonces, mientras la abuela arrojaba cebada á las gallinas, Antolina y Blas fueron recogiendo todos los huevos y colocándolos en una cesta.

—¡Qué rareza! pensaba yo; la que reprochaba tácitamente que yo hubiese dado dinero al honrado Antonio en premio de un servicio, ahora le hace medir la cebada en su presencia, como si desconfiase de

su integridad! Y Antolina y Blas que tambien han envejecido en la casa! Sin confianza no hay nada bueno en el mundo! Ella se escusaria este mal rato, y ellos la servirian mejor.

Me detuve en mis reflexiones, porque ví de nuevo los ojos de la abuela fijos en los míos, y me pareció que sonreia con malicia, como si acabase de leer mi pensamiento.

—Cuatro docenas, dijo en aquel instante Antolina.

La abuela las apuntó, y pasamos del corral al palomar. Allí cogieron seis pares de pichones.

Lleváronlo todo al establo, adonde volvimos tambien nosotras, y la abuela dijo á Ruperta, que nos habia seguido á todas partes.

—Veinte y cinco azumbres de leche, cinco docenas y media de requesones, cuatro docenas de huevos y seis pares de pichones; ya estas lista, puedes marchar al instante, porque hoy se nos ha hecho tarde.

Pero Ruperta no se movia, entreteniéndose en arrollar la punta de su delantal.

—Quieres algo, hija? la preguntó la abuela con un acento lleno de interés y de bondad.

—Oh, para mí, no, señora! balbuceó Ruperta. ¿Qué puedo querer yo, si Vd. se adelanta siempre á darme cuanto necesito?

—De quién se trata, pues?

—De Susana.

Al oír este nombre me puse colorada hasta las orejas, y la abuela tomó su actitud de severa dignidad.

—Pobre Susana! continuó Ruperta, aun no habia salido el sol cuando vino á llamar á mi casa!... Daba lástima el verla!...

—Me han echado! decia entre sollozos.... Maldito génio!... ¿Qué haré para quitármelo? Mis amos, mis buenos amos.... Tan indulgentes conmigo! Tan compasivos!... ¿Qué era yo antes de entrar en su casa? Una miserable criatura sin apego á nada, sin temor de Dios!... ¡Oh, mi hermosa cocina!... Estaba tan acostumbrada á ella!... tan clara... tan llena de todo lo necesario!... Y la señora, que acababa de mandar abrir una ventana para que tuviese mas luz, y que hizo poner cristales en ella para que no me incomodase el frio!...

Pero mira, Ruperta, no es esto lo que voy á echar de menos.... es que los quiero, es que los quiero mucho!.. Preferiria que me vistiesen toda de madera de arriba abajo, como sucede á los que se mueren en paz y gracia de Dios, á que me echasen de su casa... Y por mi culpa... por mi propia culpa!...

Veinte años que estoy con ellos, y tienen tantos dias veinte años, y viéndolos y oyéndolos todos los dias!... Adónde iré, pobre de mí, qué haré?... Ya no volveré á manejar mis cacerolas, tan limpias, tan brillantes, quién cuidará de ellas?... Ya no veré á los

niños, que me hacian reír y rabiarse á un mismo tiempo!... Ay, desdichada de mí!... Por Dios, Ruperta, díle á la señora que me quite el salario, pero que no me deje morir sola, que me deje morir en paz junto á ella, aunque tenga que castigarme por mi mal génio, tratándome como á un perro!...

Oh, Julia, cuánto sufrí durante aquella relacion, reconociéndome como causa de tan amargo desconsuelo.

—Yo no puedo nada en esto, dijo la abuela haciendo un esfuerzo para que no le vendiese el temblor de su voz, es á mi hija á la que ha ofendido, y ella sola puede si quiere perdonarla y volverla á admitir.

—Qué se quede, qué se quede! exclamé yo fuera de mí.

La abuela me miró con una espresion tal de gratitud, que me conmovió toda el alma.

¡Pero cómo pintarte nuestra sorpesa, cuando vimos entrar precipitadamente á Susana, que habia estado aguardando su sentencia en el huerto, y arrojarse á mis piés y besar mis vestidos, con el mismo apasionado entusiasmo que si hubiese besado los vestidos de una santa! Era un espectáculo extraño el que ofrecian sus mejillas cubiertas de lágrimas, sus blancos cabellos en desórden y la delirante alegría que reflejaban sus miradas!

Parecia loca: reia y lloraba á un mismo tiempo, me bendecia y me acariciaba. Sus pasiones tempestuosas tenian siempre una manifestacion brusca y casi salvaje.

Despues se levantó, y fué á abrazar á sus compañeros uno por uno, como si quisiese que todos participasen de su dicha.

En esto las campanas de la iglesia resonaron.

—Tocan á misa! exclamó parándose bruscamente y cayendo de rodillas: Bendito Dios, aun oiré tocar á misa en esta casa!... Bendito Dios, que cuando venga á visitarme, en la última hora, aun le podré recibir en mi cuartito, blanco como la nieve!...

La emocion me ahogaba.

—Voy á misa! le dije á la abuela, y me lancé fuera del establo.

No recuerdo porque calles pasé para llegar á la casa de Dios, solo sé que caí al pié del altar y prorrumpí en sollozos. Tenia el corazon lleno de aquella felicidad sublime é inefable, que no se puede explicar con el pobre lenguaje humano!... Habia obrado bien, habia secado las lágrimas ajenas, me habia acercado al espíritu infinito amando y perdonando... ¡Oh, qué consuelo, qué santo consuelo descendia á mi corazon anegándole en un piélago de delicias! ¡Daba gracias á Dios por haberme concedido un alma capaz de sentir lo que sentia. Le rogaba que no retirase jamás de mis lábios aquella copa, llena de un néctar tan puro y tan suave!

Y no obstante, lo que yo habia hecho era una cosa muy natural y casi justa, ¿qué es, pues, lo que hubiera sentido, ¿qué júbilo tan inmenso hubiera sido el mio si hubiese llevado á cabo alguna accion heroica?

Cuando salí de la iglesia, me parecia que todos los rostros que veia á mi lado eran amigos. Qué felicidad, si algun dia aquellos buenos campesinos, á quienes antes miraba como autómatas, me amaban y bendecian, como bendecian y amaban á la abuela!

Dí un pequeño rodeo por el campo para volver á casa. Aquel pais que habia considerado tan triste algunos dias antes, se ofrecia ahora á mis ojos como un risueño paraíso. ¡Hasta los desnudos picachos de los montes, me parecian destacarse sobre el cielo azul con severa magestad; hasta los árboles desquebrajados y sin hojas, me parecian llenos de melancólica belleza! Ah, es que todos los objetos se revisten con el prisma de nuestra alma, y son lóbregos ó risueños, segun sus sensaciones. Poder, gloria, riqueza, qué sois!... en dónde estais!... No hay mas poder, mas riqueza, ni mas gloria, que un corazon tranquilo y satisfecho!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

AL RUISEÑOR.

Oh rruiseñor canoro, cuyo acento
Modula con placer el manso viento;
Que el bosque inundas, al romper el dia,
De mágica armonia,
Mientras parece que tu pecho gime
Cuando tiende la noche el negro manto;
¿Dónde aprendiste, dime,
Dónde aprendiste tan hermoso canto?

Lo ignoras, sí, lo ignoras!
No conoces tus notas seductoras
Cuando tu voz armónica levantas;
Lo ignoras.... pero cantas!

Ah! dulce rruiseñor; cuando, escondido
Allá en el fondo de la selva umbría,
Mires desde tu nido
Morir las sombras y nacer el dia;
Y la brisa suave
—Como riza las aguas blandamente—
Venga á rizar tu pluma;
Y te preste la fuente
El frescor de su linfa y de su espuma;
Y las lozanas flores

Su perfume, su vida y sus colores;
Entonces, rruiseñor, en dulces trinos,
Entona tus cantares matutinos,
Que al que te dió ese acento
Llegan tus cantos que se lleva el viento.

RAFAEL SERRANO Y ALCÁZAR.

EL CIRUJANO DE MARINA.

[Conclusion.]

Las mujeres dejaron escapar una exclamacion de espanto y de curiosidad.

—Vos! vos! ¿Cómo fué eso?

Todas las sillas se aproximaron, y el círculo se estrechó alrededor de Mr. Burns.

—Fué un acontecimiento muy sencillo, añadió, por mas que haya tenido para mí consecuencias crueles. Despues de haber desembarcado en Brest, recorria yo la Bretaña en silla de posta. Iba solo, y era portador de 400,000 francos en billetes de Banco. Debíamos atravesar una playa inmensa, llamada la playa de San Miguel.

Launay, que habia permanecido solo, y extraño al movimiento que se habia hecho en torno de Mr. Burns, se estremeció al oír el nombre que éste acababa de pronunciar; levantó la cabeza y prestó atencion. El inglés que lo habia visto todo, continuó.

—Cuando llegamos á este sitio la noche estaba avanzada, y la oscuridad era profunda. La silla de posta comenzó á rodar sobre la arena húmeda, sin dejar percibir el ruido de las ruedas ni el de los caballos. Habia algo de extraño en esta situacion. Yo me sentia llevar como por encanto á través de las tinieblas; á mi derecha, y sobre una línea inmensa, veia formas blancas y movibles que aparecian y desaparecian alternativamente. Un rumor confuso semejante al que produce la apiñada muchedumbre considerada á cierta distancia, venia de este lado: era el ruido confuso de la marea que bajaba. Caminaba así hacia diez minutos, ocupada toda mi atencion del espectáculo que se presentaba á mi imaginacion, cuando el carruaje pasó por delante de una roca colocada en medio del llano arenoso, como una esfinje egipcia en el desierto. *El Irglas*, exclamó el postillon, mostrándome con su látigo el enorme escollo. Este nombre debia permanecer grabado en mi memoria.

Apenas hubimos traspasado la roca, cuando la silla de posta se detuvo súbitamente. Oí un grito y el ruido que hace la caída de un hombre; me lanzo á la portezuela, pero no tuve tiempo de ver nada; yo tambien caí instantáneamente en el carruaje, con una herida en la cabeza y bañado en mi sangre.

Un murmullo continuado de horror interrumpió á Mr. Burns, quien volviendo la vista hácia Launay le contempló en el mismo sitio, aunque su palidez era espantosa.

El inglés continuó :

—Cuando volví en mí, muchos días despues, supe que unos pescadores me habian recogido en la playa, donde se habia encontrado un carruaje saqueado y el postillon muerto. Tres meses tardé á restablecerme de mi herida.

—¿Y no se pudieron descubrir vuestros asesinos? preguntaron muchas personas á la vez.

—Las diligencias que se practicaron entonces no dieron resultado alguno. Yo tenia sin embargo alguna esperanza, porque entre los objetos robados se hallaba un cofrecito que contenia muchas alhajas fáciles de reconocer, entre otras un camafeo parecido á este.

Mr. Burns, mostró entonces el brochecito que habia conservado entre sus manos. Todos se inclinaban para examinarlo, cuando miss Fanny arrojó un grito, y todos tambien dirijieron su vista hácia el objeto que indicaban sus miradas. Eduardo Launay se apoyaba en la pared, próximo á perder el conocimiento.

—¿Qué tiene? exclamaron todos á la vez.

Mr. Burns se levantó.

—Yo puedo esplicároslo...

—Padre mio... exclamó Fanny lanzándose á él, desalentada, con las manos suplicantes.

El inglés se detuvo, y la recibió en sus brazos casi desvanecida. Mas al oirla los espectadores todos quedaron estupefactos. Launay mismo que la oyó se enderezó como un espectro, separó á los que le rodeaban, y divisando á Mr. Burns que sostenia á la jóven.

—Su padre! su padre! exclamó con estravío: Dios mio! su padre!

Lanzó rápidamente en torno suyo una mirada perdida, y adelantándose hasta la puerta, desapareció.

VI.

Los cuidados que Mr Burns se vió obligado á dispensar en los primeros momentos á miss Morpeth, que habia sido atacada de espasmo y de una fiebre violenta, le apartaron de todo otro pensamiento. Su hija, á quien desde ahora podemos dar este nombre, acababa de adormecerse; él la habia dejado un instante y se paseaba pensativo en la cámara que precedia á la de Fanny, cuando la puerta se abrió suavemente, y Eduardo Launay apareció en el umbral. Mr. Burns retrocedió sorprendido y casi con espanto. El jóven se detuvo; habia tanta humildad en su actitud, que el inglés se serenó.

—No me esperábais, sin duda, caballero, dijo Eduardo en voz baja.

—Es verdad, los asesinos tienen por costumbre mas prudencia.

—De ese modo, yo hubiese tenido mas, si fuera un asesino; pero dejemos esto, vengo á desengañaros, caballero.

Mr. Burns movió la cabeza.

—Ah, no me juzgueis aun: lo que voy á deciros os persuadiré de que sin ser asesino soy bastante culpable para que me creais. Por lo demás, caballero, la prueba de que no he cometido aquel crimen es fácil: en la época en que fué cometido me hallaba yo hacía un año en los mares del Sud: estos estados de servicio hacen fé.

El inglés arrojó una mirada sobre el papel que Launay le presentó.

—De dónde, pues, os ha venido este camafeo? le preguntó, porque vuestra turbacion cuando escuchabais mi relato, prueba que teniais conocimiento del crimen, si en él no tuvisteis parte.

—Solo he tenido conocimiento de él.

—¿Es, pues, á vuestra familia á quien debo acusar? porque este broche lo habeis regalado á Fanny como una herencia de ella.

Launay se estremeció; una justificacion en la cual no habia pensado se le presentaba!.. pero tuvo vergüenza de este pensamiento.

—No, no, se apresuró á decir, mi familia fué siempre respetada, y digna de serlo.

—¿Qué participacion habeis tenido entonces en el crimen, desgraciado?

—He aceptado su herencia, caballero: esta es mi falta. Escuchadme, pues, los instantes son preciosos y no tengo tiempo que perder.

Mr. Burns le hizo señas de que escuchaba. Entonces Launay le contó todo lo que le habia pasado: la revelacion de Pedro Cranou, su muerte, las diligencias que habia practicado en vista de sus indicaciones en el *Irglas*; su hallazgo, en fin; cuando hubo acabado esta larga confesion, en la cual no omitió ningun detalle, presentó á Mr. Burns, una cartera y un cofrecito.

—Vuestros 400,000 francos han sido colocados sobre los fondos del Estado, continuó Launay, aquí hallareis los títulos con una carta firmada por mí que os confiere su propiedad. En el cofrecito están las alhajas que os fueron arrebatadas.

Mr. Burns examinó los papeles y el cofre. Luego que se aseguró de que nada le faltaba.

—Caballero, dijo á Eduardo con cierto embarazo, lo que acabais de contarme es tan extraño, esta respuesta es para mí tan imprevista, que no sé con qué clase de sentimientos manifestárosla, y si deba dirigiros gracias ó reproches. Habeis cometido una falta grave....

—Un crimen, caballero, le interrumpió Eduardo, un crimen. Oh! no buscaré una palabra para

disfrazar la verdad. Después de la confidencia de Cranou he luchado algún tiempo, mas sin fruto, porque no pensaba mas que en el tesoro oculto. Todas las noches veia *El Irglas* en mis sueños. Tocaba con mis manos la cartera, y acariciaba el cofrecito. Cuando un jefe lleno de bordados de oro apenas contestaba á mi saludo, cuando un coche me salpicaba de lodo en la calle, cuando una mujer elegante pasaba á mi lado sin hacer caso de mi humilde uniforme, oia una voz que me gritaba: *El Irglas! El Irglas!* Esto era todo para mí. Los saludos afectuosos, los trenes, las sonrisas de una mujer. Para llegar á ser rico, me bastaba como en los cuentos de las Hadas decir, *yo lo quiero*. No tenia, nuevo Moisés mas que golpear la roca, y haria manar un arroyo de oro: y para esto ni era necesario matar ni ser perjuro, solamente tenia que enjugar la sangre de que otro habia manchado el tesoro, y apoderarme de este sin decir nada. Al cabo sucumbí; mas con mi miseria perdí tambien mi reposo. Una sombra me seguia por todas partes. A cada instante me parecia oír una voz que me gritaba: *vuélveme lo que me has robado*. El veneno no se apartó desde entonces de mí, resuelto á no sobrevivir á mi vergüenza si por casualidad era descubierto. Me repetia en vano que mis temores eran infundados, que el propietario de estas riquezas no vivia; porque si yo hubiese estado seguro de ello, creo que le hubiera buscado para matarlo. A pesar de todo, tenia miedo, como los niños lo tienen de la noche, por instinto y sin saber porqué.

Launay se detuvo: hacia ya algunos instantes que parecia experimentar crueles sufrimientos, y con frecuencia dirijia las manos á su pecho. Después de un corto silencio prosiguió:

—Mas ¿qué os pueden importar todos estos detalles, caballero? El relato de mis tentaciones y mis tormentos no pueden interesar á nadie mas que á mí: disimulad, me retiro.

Y dió un paso hácia la puerta; luego se detuvo como si hubiese deseado alguna cosa de que no se atrevia á hablar.

—No nos volveremos á ver mas, dijo con voz entrecortada y sin levantar los ojos; el adios que os dirijo puede ser considerado como el de un moribundo... caballero... hubiera deseado... esperaba no ser escuchado de vos solamente... caballero... Oh! qué *ella* me dirija una última mirada, qué la oiga hablar todavía una sola vez!

Se detuvo nuevamente y miró á Mr. Burns; mas éste habia bajado los ojos á su vez.

—Lo comprendo, dijo Eduardo abrumado, me considerais indigno de este último favor: no tengo derecho á que se me compadezca, es verdad; solo aquellos que son puros lo tienen á demandar piedad.

Al acabar estas frases, se inclinó profundamente, y se disponia á salir, cuando miss Fanny apareció de

improviso. Estaba vestida de blanco, sus cabellos se hallaban esparcidos, y en sus ojos brillaba el fuego de la fiebre. Al divisarla, Launay no fué dueño de reprimir un grito; los dos amantes permanecieron el uno frente del otro inmóviles y palpitantes. Mr. Burns corrió precipitadamente hácia su hija.

—¿Qué buscáis aquí, Fanny? exclamó, volved á vuestra habitacion, os lo mando.

—Ah! caballero no me envidieis este triste y último placer, dijo Launay con tan dulce acento, que la jóven se deshacia en lágrimas.

Éste se acercó á ella.

—Miss Fanny, bendita seais por esas lágrimas, y bendita por haber venido; ya no esperaba mas que veros.

—Lo he oido todo, balbuceó entre suspiros.

—¿Me despreciais, entonces?

Por toda respuesta miss Morphet se arrojó en sus brazos. Launay esperaba tan poco esta felicidad, que permaneció un momento como aturdido por ella; mas bien pronto volviéndole en sí el sentimiento de su dicha, apretó á Fanny contra su corazón, cubriendo de besos su cara y su cabeza. Durante algunos minutos no se oyeron mas que suspiros, caricias y nombres repetidos; en fin, los dos amantes pareció que sucumbian á su emocion, deslizándose primero, postrándose al fin de rodillas sobre el pavimento, permaneciendo abrazados. Mr. Burns, que hasta entonces habia permanecido mudo de estupor, tiró con violencia del brazo de su hija, y procuró desenlazarla de los de Eduardo, mas Fanny le resistió.

—Dejadme, padre mio, le dijo con una exaltacion delirante; he jurado ser suya.

—Fanny, sois una insensata.

—He prometido ser suya, y no le abandonaré ya mas.

—Caballero, dijo el inglés, que temblaba de cólera; por vuestro honor, dejad á esa jóven.

—Escuchadme, padre mio, dijo Fanny de repente incorporándose; abandonadme y dejadme seguirle. No deshonraré vuestro ilustre nombre, porque la falta que encubre mi nacimiento no me ha permitido jamás llevarlo; no dejaré vacío ninguno en vuestra vida, porque jamás he sido para vos otra cosa que un remordimiento ó un embarazo. Quiero libraros de él, padre mio. Decid que he muerto hoy. Esta ropa blanca es mi mortaja. Adios, padre mio, ya no soy la hija de un príncipe, sino la esposa de Eduardo; adios, hasta el cielo.

Y hablando así, miss Fanny, loca de amor, rodeó nuevamente con sus brazos á Launay, y ocultó contra su pecho su cabeza desgredada. Mr. Burns no pudo soportar mas largo tiempo este espectáculo. En el colmo del arrebató tomó á Fanny con una mano y levantó la otra con amenaza sobre Eduardo.

—Nada de violencia, caballero, dijo éste hacien-

do un esfuerzo; no temais nada, no aceptaré el sacrificio de este ángel, no puedo aceptarlo. No he querido vivir pobre: ¿habeis pensado tal vez que me resignaria á vivir pobre y deshonorado? Alejad á vuestra hija, caballero, ¿no comprendéis que voy á morir?

Fanny arrojó un grito doloroso: se inclinó hácia Launay, que vacilaba, y le recibió en sus brazos. Eduardo entonces se sonrió: buscó con una mano el corazon de la jóven, y en él fué á colocar dulcemente su cabeza.

R. R. DE MENDOZA.

CONCURSO DE DECLAMACION.

La analogía íntima que existe entre la materia de que ordinariamente tratamos en las columnas del CORREO y el concurso de declamacion celebrado en el Real Conservatorio el 30 del mes próximo pasado, nos mueve á hablar hoy de esta solemnidad artística. No lo haremos con fin crítico, ni altas pretensiones, ajenas como lo son ambas cosas á nuestros deseos, y á nuestra personalidad peculiar en este periódico de meros trasmisores de noticias literarias y teatrales. Así, pues, no será de extrañar que nos limitemos á consignar los nombres de las personas y obras que figuraron en el concurso en cuestion, los resultados obtenidos por los concurrentes, y alguna que otra somera indicacion acerca de los jóvenes que mas se distinguieron en este certámen de la inteligencia y del estudio.

Ante todo se echa de ver que por la naturaleza vária y difícil del arte de la declamacion era indispensable que los individuos que hubiesen de componer el jurado estuvieran adornados de conocimientos artísticos y literarios que rayasen á superior altura. Á esta necesidad se ha provisto felizmente nombrándose el siguiente tribunal formado de personas que, aunque no por el mismo concepto, brillan todas en esfera muy alta de inteligencia y reputacion. Nombraremos los jueces por el orden en que estaban sentados.

Sr. D. Ventura de la Vega (*Presidente*).

Sr. D. Hilarion Eslava (*Vicepresidente*).

Sr. D. Rafael Hernando (*Secretario*).

Sra. D.^a Teodora Lamadrid.

Sra. D.^a Bárbara Lamadrid.

Sr. D. Juan Eugenio Hartzembusch.

Sr. D. Tomás Rodriguez Rubí.

Sr. D. Luis de Eguilaz.

Sr. D. Manuel Tamayo y Baus.

Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala.

Sr. D. Antonio Garcia Gutierrez.

Sr. D. Patricio de la Escosura.

Ante esta reunion de distinguidos ingenios se ve-

rificó el consurso. Las alumnas y alumnos que primero tomaron en él parte fueron pertenecientes á la clase del acreditado actor y profesor D. José Garcia Luna.—Eran de las primeras las señoritas doña Manuela Checa, doña Filomena Llanes, doña Mariana Aguado y doña Trinidad Castro: eran de los segundos los señores D. Leon Bárcena y D. Alejo Castillo.—Estos jóvenes ejecutaron como prueba de sus respectivas facultades varias escenas de *Bandera negra* y de *El cuarto de hora*, así como tambien los dos actos de *El poeta y la beneficiada*.

Tocó el turno á la clase del popular artista y excelente maestro D. Julian Romea.—Seis fueron los discípulos que en esta se presentaron tambien al concurso; á saber, las señoritas doña Emilia Bernardo, doña Pilar Gil, doña Cármen Gonzalez y doña Luisa Coll, en union de los señores D. Manuel Lopez Esteso y D. Pedro Diaz.—No ménos escogidos que los de la clase anterior fueron los trozos cómicos declamados por los discípulos de esta clase: bastará consignar que pertenecian á las joyas *A Madrid me vuelvo*, *El café* y *D. Tomás*.

Difícil era la posicion de D. Antonio Pizarroso cuyos discípulos entraron en seguida al certámen, pues tenia que luchar con dos profesores tan distinguidos como los arriba citados. Pero este actor inteligente es tambien un celoso maestro, y presentó por sí solo tantos, menos uno, como sus dos predecesores. Fueron las alumnas las señoritas doña Ildefonsa Baus, doña Mercedes Ferrer, doña Emilia Llorente, doña Juana San Juan, doña Concepcion Soler, doña Sofía Tendero y doña Josefa Lopez. En clase de alumnos se presentaron los señores D. Ricardo Figuerola, don José Montenegro, D. Enrique Sanchez y D. Miguel Egea.

Varias fueron las escenas y obras en que trabajaron estos jóvenes actores. El primer acto del *Oscar* (prueba atrevida y feliz á no dudarlo), pasajes de *El hombre de mundo*, de *La cruz del matrimonio*, de *D. Tomás*, de *El sí de las niñas*, y el primer acto de *Lo que son mujeres* constituyeron el ejercicio.

De buen grado entraríamos ahora en calificaciones acerca del mérito respectivo de los contendientes, pero nos lo veda nuestro carácter y la falta de espacio necesario al efecto. Dirémos sólo cuáles fueron los premios otorgados por el tribunal de censura y quiénes lo alcanzaron.

Obtuvieron el *accessit* las señoritas Aguado, Castro, Gonzalez, Tendero, Ferrer y Llorente, y los señores Montenegro y Egea.

Fueron favorecidos con el *segundo premio* la señorita Baus y el señor Lopez Esteso.

No se concedió el *primer premio*, pues aunque los señores Figuerola y Sanchez obtuvieron cada uno seis votos para él, ninguno llegó á la mayoría absoluta prevenida por el reglamento.

Igualmente las señoritas Coll y Lopez consiguieron cada una seis votos, para el *accessit* la primera, para el *segundo premio* la segunda. Inútil es añadir que no se les adjudicó ninguno por la razón antes enunciada.

Si hemos de mentar los nombres de los jóvenes que más se han distinguido en estos concursos lo haremos brevemente en la forma que sigue:

En *Oscar* la señorita Baus y los señores Figueroa y Montenegro en sus respectivos papeles de Malvina, Oscar y Gaul.

En *D. Tomás* las señoritas Tendero y Coll y el señor Lopez Esteso, en los suyos respectivos de la militar, la criada y D. Jesus.

En *La Cruz del matrimonio* dicha señorita Tendero y la señorita Lopez, como tambien el señor Montenegro ya citado, haciendo los personajes doña Clara, Enriqueta y Félix.

En *El café* la señorita Gonzalez y el señor Diaz, representando la doña Mariquita y el D. Serapio.

En *El sí de las niñas* el señor Sanchez haciendo de Calamocha.

Y por último la señorita Aguado en la doña Isabel de *El poeta y la beneficiada*.

Creemos no haber cometido equivocaciones en las noticias que acabamos de dar, pero sin embargo son tan varias y minuciosas que no estrañaríamos haber incurrido en un error involuntario. En tal caso se nos perdonaría, gracias á nuestro buen deseo.

Para terminar estos apuntes debemos decir que presencié el concurso de que acabamos de hablar una escogida concurrencia, tan numerosa que apenas cabia en el espacioso salon del Real Conservatorio. Esto es una señal consoladora de que se mantiene viva en nuestro pais la ilustrada afición á la literatura dramática y á lo que con ella tiene relacion.

ANTONIO ARNAO.

LABORES.

Una de gran utilidad acompaña á este número; una que sirve á todos los sexos, todas las edades, todas las fortunas y en todas las estaciones. No ocupa el opulento gabinete de la dama de alta clase, ni exige el severo despacho del jurisconsulto, ni necesita el suntuoso salon del banquero para tener digno sitio; puede lo mismo formar parte de la lujosa canastilla de una desposada, como de las prendas de uso comun de una joven humilde. El *abecedario* adjunto es una labor de reconocida utilidad, una labor que se necesita ejecutar con frecuencia; un modelo que sirve y se repite infinitas veces. Raro es el costurero de una señora laboriosa donde no se encuentran cuatro ó seis modelos de abecedarios distintos.

El que nos ocupa, reúne á la forma estraña de sus letras la facilidad para ejecutarlas, pues no presentan ningun punto desconocido. Como comprenderán perfectamente nuestras lectoras, en esas letras unas hojas están bordadas al *pasado* y otras á *punto de armas*; si á todo esto se le añade un perfil negro en el centro el efecto será lindísimo.

No dudamos que nuestras lectoras sabrán estimar el modelo que les ofrecemos, y que por hoy reemplaza á labores de mas capricho, pero de menos utilidad.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

MODAS.



Esplicacion del FIGURIN núm. 675.

FIG. 1.^a TRAJE DE PASEO.—*Vestido* de muselina moteada blanca, adornado de bullones de la misma tela y tiras cortadas en picos de tafetan color de rosa fuchsia.

Falda adornada al canto por tres bullones, á los que sirve de cabeza una tira de tafetan recortada en picos por arriba: este adorno se repite otra vez, dejando entre ambos una media tercia de falda.

Cuerpo abierto por delante en forma cuadrada: dos bullones, adornados á los bordes de la correspondiente tira de tafetan, guarnecen el escote y bajan á morir en el talle, que es redondo y va ceñido con un cinturon color de fuchsia.

Manga compuesta de una hombrera, á cuya orilla se repite el adorno del cuerpo y un volante guarnecido al canto de una tira de tafetan.

Camiseta de tul con cuello de encaje: *mangas* de muselina.

Sombrero de paja y tafetan fuchsia: el ala de paja está adornada al canto posterior de una puntilla negra: el fondo es de tafetan bullonado, y el bavolet del mismo tafetan, lleva al borde otra puntilla negra: rostrillo blanco, y una rama de laurel en la parte superior debajo del ala, completan el sombrero.

FIG. 2.^a TRAJE DE CAMPO.—*Falda* y *marinera* de batista cruda, adornada aquella en el bajo por tres bieses de tafetan negro en disminucion, y ésta por dos en el mismo orden, que la guarnecen alrededor, así como el cuello, bolsillos y vueltas de las mangas, cerrándola por delante dos carreras de botones de seda negros.

Camiseta alta y *mangas* de nansouk.

Corbata verde ó negra.

Sombrero redondo de paja, de ala recta, adornado de una cinta punzó que rodea la copa, una blonda negra al borde que forma velete, y un grupo de plumas blancas con pompones punzó por delante. El pelo para este sombrero se dispone en bandós vueltos, concluyendo en dos trenzas que van á rodear la moña por detrás, que se prende muy baja.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director
Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.



J. David
 Ad. Goubaud, C^{ie} Paris 675
 C. J.

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92.

Coiffures de R. Lhopiteau Robes de Pauline Courcier, r. Vivienne, 41. - Modes, r. d'Alexandrine, r. d'Antin, 14.
 de Tilman, r. de Richelieu, 104. Dentelles de G. Violard, r. de Choiseul, 3. - Corsets de la M^{me} Simon, r. S^t Honoré, 183.
 Parc-chaaise et Poney's corses de Labourdette et C^{ie}. Carrossiers chemin de Versailles, 22. (Champs-Élysées)
 Rubans et Passementerie A la Ville de Lyon Chaussée d'Antin 6 | Sous-jupes acier, Gavermer, E. Creusy rue Montmartre, 153.
 Parfums de Violet fourn. de S. M^{te} l'Impératrice, r. S^t Denis 317 | Envoi de la M^{me} de Comm^{es} Lassalle et C^{ie}, r. B. le Grand, 37.

AL CARRERA DE LA VIDA

ALUMNO

FECHA

GRUPO